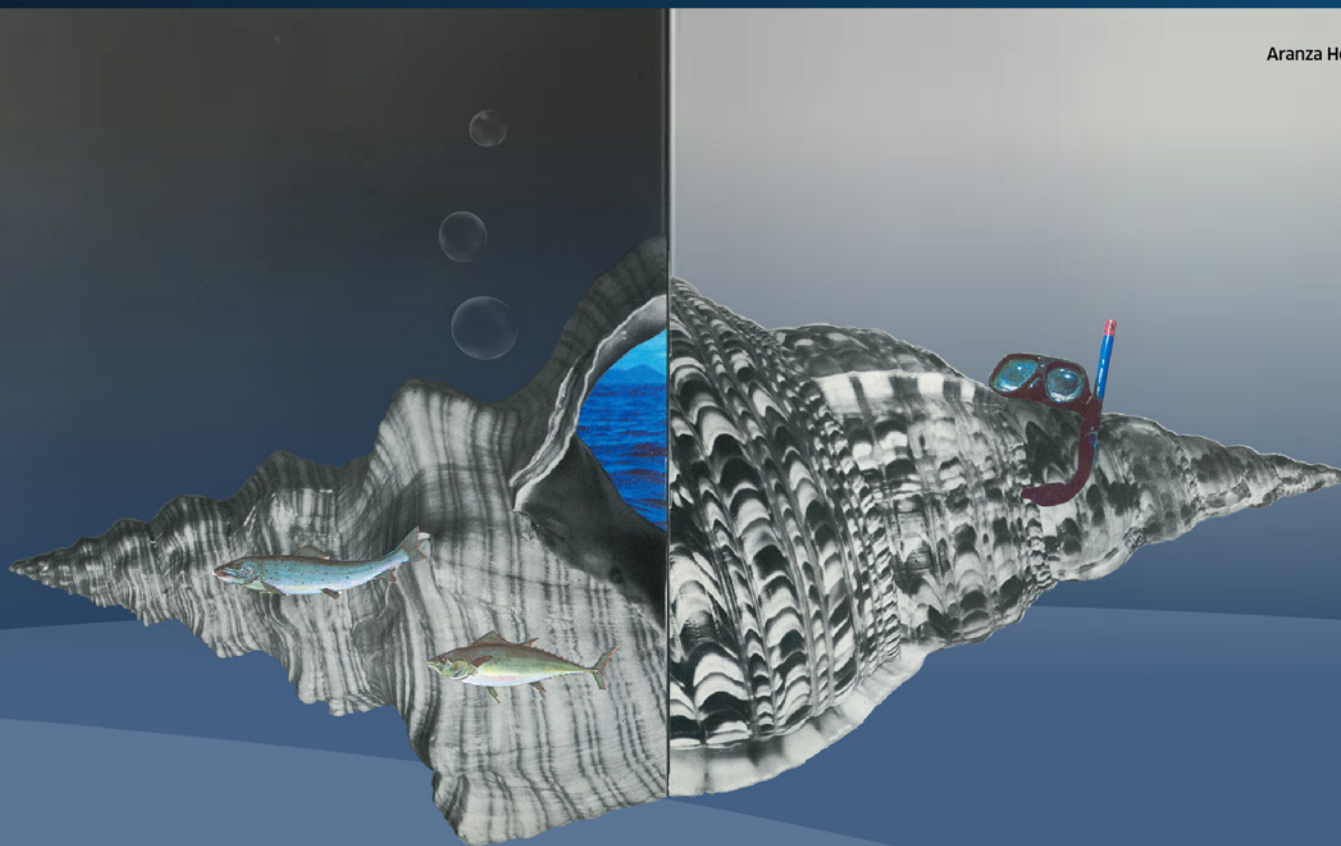


XVI JORNADAS DE LA NUEVA ESCUELA LACANIANA

LA METÁFORA PATERNA

Aranza Hernández



BIBLIOGRAFÍA

TERCERA ENTREGA

NEL_{cf}
Nueva Escuela Lacaniana
del Campo Freudiano

BIBLIOGRAFÍA

Tercera Entrega

Continuando con el recorrido hacia las XVI Jornadas de la NEL, presentamos la tercera entrega de perlas bibliográficas. Si en las elaboraciones anteriores nos adentramos en las coordenadas epistémicas y clínicas de la metáfora paterna, esta entrega está orientada a interrogar la dimensión de la política en el psicoanálisis de orientación lacaniana; es decir, la posición con la que el psicoanálisis responde al malestar en la cultura, cada vez. La política del psicoanálisis es la política del síntoma: la apuesta por el inconsciente y por el lugar de la singularidad irreductible frente a los empujes de la época a la estandarización, la despatologización normativizante, la desestimación del padecimiento y el consecuente riesgo de desvanecimiento de la clínica.

Para este trazado, tomamos como brújula las elaboraciones de Ricardo Seldes, invitado a las XVI Jornadas de la NEL, en su entrevista “La metáfora paterna”. Allí, Seldes nos orienta al señalar que: “Decir que el Padre deja de ser la solución única para convertirse en un recurso posible implica un cambio enorme, porque desplaza el eje desde la excepción paterna hacia la invención de cada sujeto. Salir de la era del Padre no significa vivir sin semblantes. Significa dejar de creer que el Padre es el semblante privilegiado y universal”¹. Esperamos que las perlas reunidas en esta entrega nos brinden pistas sobre cómo ubicarnos en esta era, asumiendo la responsabilidad ética de dar lugar a la invención singular de cada sujeto frente a lo imposible de normativizar.

Confiamos en que estas referencias aviven los trabajos llevados a cabo en las secciones, alimenten la escritura de los integrantes de nuestra Escuela y sirvan como insumo para los intercambios y discusiones que sostendremos en nuestro próximo encuentro en Ciudad de México, que ya se aproxima. Agradecemos a los colegas que continúan enriqueciendo este espacio con sus aportes e invitamos a toda la comunidad a seguir compartiendo las referencias que surjan de sus propias indagaciones.

¹ **Seldes, R.**, Entrevista a Ricardo Seldes, invitado a las XVI Jornadas de la NEL “La metáfora paterna” 2026, p. 3.

<https://jornadasnelcf.com/xvi/portfolio-items/entrevista-a-ricardo-seldes/>

Contacto:

amariles.andres@gmail.com

angel.sanabria.teran@gmail.com

COMISIÓN BIBLIOGRAFÍA XVI JORNADAS DE LA NEL



Andrés Amariles (Responsable)

Ángel Sanabria (Responsable)

Aldo Ávila

Mayra Alonso

Lucas Botero

Estela Castillo

Fernando España

Silvana Gallegos

Adriana Pérez

Paloma Roa

Miguel de la Rosa

Y si a pesar de estas diferencias entre los dos casos, que llegan a estar casi en una relación de oposición, el resultado final de la fobia es aproximadamente el mismo, la explicación de ello tiene que venirnos de otro lado; y nos viene de la segunda conclusión a que arribamos en nuestra pequeña indagación comparativa. Creemos conocer el motor de la represión en ambos casos, y vemos corroborado su papel por el curso que siguió el desarrollo de los dos niños. Es, en los dos, el mismo: la angustia frente a una castración inminente. Por angustia de castración resigna el pequeño Hans la agresión hacia el padre; su angustia de que el caballo lo muerda puede completarse, sin forzar las cosas: que el caballo le arranque de un mordisco los genitales, lo castre. Pero también el pequeño ruso renuncia por angustia de castración al deseo de ser amado por el padre como objeto sexual, pues ha comprendido que una relación así tendría por premisa que él sacrificara sus genitales, a saber, lo que lo diferencia de la mujer. Ambas plasmaciones del complejo de Edipo, la normal, activa, así como la invertida, se estrellan, en efecto, contra el complejo de castración. [...] Y ahora, la inesperada conclusión: En ambos casos, el motor de la represión es la angustia frente a la castración; los contenidos angustiantes —ser mordido por el caballo y ser devorado por el lobo— son sustitutos desfigurados {dislocados} del contenido «ser castrado por el padre».

• **Freud, S.** “Inhibición, síntoma y angustia” (1926 [1925]), *Obras completas, Tomo XX*, Amorrortu, Buenos Aires, 1992, p. 103.

Aquí nos cae en las manos la solución de un pequeño problema, el de saber por qué nos estropeamos ya en Trieste el contento por el viaje a Atenas. Tiene que haber sido porque en la satisfacción por haber llegado tan lejos se mezclaba un sentimiento de culpa; hay ahí algo injusto, prohibido de antiguo. Se relaciona con la crítica infantil al padre, con el menosprecio que relevó a la sobrestimación de su persona en la primera infancia. Parece como si lo esencial en el éxito fuera haber llegado más lejos que el padre, y como si continuara prohibido querer sobrepasar al padre.

• **Freud, S.** “Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis)” (1936), *Obras completas, Tomo XXII*, Amorrortu, Buenos Aires, 1991, pp. 219-220.

El complejo de Edipo tiene una función esencial de normalización. Así, por una parte se podía considerar que lo que provoca las neurosis es un accidente del Edipo, pero también se podía plantear la pregunta — *¿Hay neurosis sin Edipo?*

Algunas observaciones parecen indicar, en efecto, que no siempre desempeña el papel esencial el drama edípico sino, por ejemplo, la relación exclusiva del niño con la madre. Así, la experiencia obligaba a admitir que podía haber sujetos que presentaran neurosis en las cuales no se encontrara en absoluto Edipo. Les recuerdo que "¿Neurosis sin complejo de Edipo?" es precisamente el título de un artículo de Charles Odier. La noción de la neurosis sin Edipo es correlativa al conjunto de las cuestiones planteadas sobre lo que se llamó el superyó materno. Cuando se planteó la cuestión de la neurosis sin Edipo, Freud ya había formulado que el superyó era de origen paterno. Entonces surgió la pregunta — ¿en verdad el superyó es únicamente de origen paterno? ¿No hay en las neurosis, detrás del superyó paterno, un superyó materno todavía más exigente, más opresivo, más devastador, más insistente? No quiero extenderme mucho porque tenemos un largo camino que recorrer. He aquí, pues, el primer polo, donde se agrupan los casos de excepción y la relación entre el superyó paterno y el superyó materno.

• **Lacan, J.** *El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Buenos Aires, 2024, p. 166.

Tal como se enuncia, no ya en el nivel de lo trágico, con toda su sutil ductilidad, sino en el enunciado del mito de *Tótem y Tabú*, el mito freudiano es la equivalencia del padre muerto y el goce. Esto es lo que podemos calificar con el término de operador estructural.

Aquí, el mito se trasciende, al enunciar a título de lo real— ya que es en esto en lo que Freud insiste —que aquello ocurrió realmente, que eso es lo real, que el padre muerto tiene la salvaguarda del goce y que de ahí partió la prohibición del goce, de ahí procede.

Que el padre muerto sea el goce es algo que se nos presenta como el signo de lo imposible mismo. Y aquí volvemos a encontrarnos con estos términos que defino como los que fijan la categoría de lo real —en tanto se distingue radicalmente, en lo que articulo, de lo simbólico y de lo imaginario —lo real es lo imposible. No en calidad de un simple tope contra el que nos damos de cabeza, sino el tope lógico de aquello que, de lo simbólico, se enuncia como imposible. De aquí surge lo real.

Reconocemos muy bien aquí, en efecto, más allá del mito de Edipo, un operador, un operador estructural, llamado el padre real —con la propiedad, diría, de que a título de paradigma, es también la promoción, en el corazón del sistema freudiano, del padre de lo real, que pone en el centro de la enunciación de Freud un término de lo imposible.

- **Lacan, J.**, *El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 2022, pp 130-131.

En esto reside el resorte del error de pensar que este nudo sea una norma para la relación de tres funciones que no existen una para la otra en su ejercicio más que en el ser que, por anudarse, cree ser hombre. No es el hecho de que estén rotos lo simbólico, lo imaginario y lo real lo que define a la perversión, sino que estos ya son distintos, de manera que hay que suponer un cuarto, que en esta oportunidad es el *sinthome*. Digo que hay que suponer tetrádico lo que hace al lazo borromeo —que perversión solo quiere decir *versión hacia el padre*²—, que, en suma, el padre es un síntoma, o un *sinthome*, como ustedes quieran. Plantear el lazo enigmático de lo imaginario, lo simbólico y lo real implica o supone la ex-sistencia del síntoma.

- **Lacan, J.**, *El Seminario, Libro 23, El Sinthome*, Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 20.

¿Por qué no pensar el caso de Joyce en los siguientes términos? ¿Su deseo de ser un artista que mantendría ocupado a todo el mundo, a la mayor cantidad de gente posible en todo caso, no compensa exactamente que su padre nunca haya sido para él un padre? ¿Que no solo no le enseñó nada, sino que descuidó casi todo, salvo recostarse en los buenos padres jesuitas, la Iglesia diplomática? [...] El nombre que le es propio es eso que Joyce valoriza en detrimento del padre. A este nombre quiso que se le rinda el homenaje que él mismo negó a cualquier otro. Por esto puede decirse que el nombre propio hace todo lo posible por volverse más que el S1, el significante del amo, que se dirige hacia el S que llamé con el subíndice 2, ese entorno del cual se acumula lo que atañe al saber.

- **Lacan, J.**, *El Seminario, Libro 23, El Sinthome*, Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 86.

² «Perversion (perversión) es homófono de *père-version* (padre-versión), y *vers* significa "hacia". [N. de la T.]»

Pienso que el psicoanalista solo puede concebirse como un *sinthome*. El psicoanálisis no es un *sinthome*, sí el psicoanalista. [...] El psicoanalista es una ayuda que puede considerarse como una inversión de los términos del Génesis, puesto que además el Otro del Otro es lo que acabo de definir hace un instante como ese agujerito. Justamente, la hipótesis del inconsciente se sostiene en que este agujerito por sí solo pueda proveer una ayuda.

La hipótesis del inconsciente, como subraya Freud, solo puede sostenerse si se supone el Nombre del Padre. Suponer el Nombre del Padre, ciertamente, es Dios. Por eso si el psicoanálisis prospera, prueba además que se puede prescindir del Nombre del Padre. Se puede prescindir de él con la condición de utilizarlo.

• **Lacan, J.**, *El Seminario, Libro 23, El Sinthome*, Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 133.

He señalado que Lacan utilizaba en su escrito 'La Dirección de la Cura y los principios de su poder', la tripartición entre táctica, estrategia y política, invirtiéndola en la dirección de la cura, para escandir su desarrollo, para titular y construir sus partes. Situaba así la interpretación al nivel de la táctica propiamente clínica, táctica de la dirección de la cura. Ubicaba la transferencia en el nivel de la estrategia. No dudaba en calificar como políticos a los razonamientos y a la argumentación que conciernen a la finalidad misma de la cura analítica. Se puede incluir, por lo tanto, como tercera rúbrica, la política para la cura, en tanto que designaría tanto los objetivos de la formación de los analistas como los de la conclusión de la cura.

• **Miller, J.-A.**, *Política lacaniana. Seminario dictado por Jacques-Alain Miller*, Colección Diva, Buenos Aires, 2002, p. 10.

La época lacaniana. La muerte de Dios es contemporánea de lo que se estableció en el psicoanálisis como reino del Nombre del Padre, que en una primera aproximación podemos definir como el significante de que el Otro existe. El reino del Nombre del Padre corresponde en el psicoanálisis a la época freudiana. Si Lacan lo despejó, actualizó, formalizó, no fue por adhesión, para continuarlo, sino para ponerle fin, lo que se anunció en su enseñanza con el matema $S(\bar{A})$ (significante del Otro tachado), y que estalló cuando presentó los nombres del padre, lectura que pluraliza el Nombre del Padre.

La lectura de este matema no solo pluraliza el Nombre del Padre, sino que también lo pulveriza, lo socava desde el interior atacando mediante el equívoco el lazo del significante con lo que se cree que es su significado. Se trata del famoso equívoco entre les *noms du père* [los nombres del padre] y les *non-dupes errent* [los desengañados se engañan], al que Lacan se vio lógicamente conducido a partir de su seminario *Aún*, que consagra la inexistencia del Otro y que comenté el año pasado en mi curso.

La inexistencia del Otro inaugura verdaderamente lo que llamaremos la época lacaniana del psicoanálisis, que es la nuestra, la época de los desengañados, la época de la errancia.

- **Miller, J.-A.**, “United Symptoms”, *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Seminario en colaboración con Éric Laurent, Paidós, Buenos Aires, 2005, pp. 10-11.

Se trata más bien de lo que Lacan llamaba la reforma del entendimiento en torno de que es el padre, en la medida en que el neurótico lo introduce para cerrar los ojos sobre su goce, ¿El uso del padre sería despertarlo, hacerle abrir los ojos? Esta es una tarea imposible. Según Lacan, sólo puede hacerse cuando se introduce en sueños. *¿Padre, no ves que ardo? Tú, que cierras los ojos y que estás allí para eso, no ves que es preciso separarse de este goce que me invade, de lo real en juego.*

- **Miller, J.-A.**, “El partenaire síntoma”, *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Buenos Aires, 2005, p. 427.

¿Qué solución ofrece el psicoanálisis para reordenar este contexto clínico reubicado en torno del Otro que no existe? ¿Se trata de restaurar al padre? ¿Hay que pensar que el mal, incluso el mal clínico, deberá remodelarse con una revalorización o la detención de la devaluación del padre? Estas son las alianzas posibles de los psicoanalistas con los que en esta civilización apuestan a eso. Como resultado, están los psicoanalistas que insisten, por ejemplo, en las adopciones, en el derecho al padre para cada niño y velan no sólo por los cuidados de la madre, las cualidades que puede tener, sino también porque esté bien provisto de un padre.

- **Miller, J.-A.**, “El partenaire síntoma”, *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Buenos Aires, 2005, p. 427.

A la metáfora del padre responde la metonimia del goce. Del lado de la metáfora el goce es imposible, del lado de la metonimia es real -lo que aún no lo vuelve permitido. Para que lo sea todavía hace falta, no matar al padre, vía sin salida, sino reconocerlo en su semblante. En la conducción de la cura eso significa:

- ir contra aquello que en el dispositivo mismo de la interpretación lleva al sujeto supuesto saber a identificarse con la función del padre, y luego tener apartado al sujeto supuesto saber de los semblantes del padre;
- separar el significante amo del plus de goce, pero en provecho del segundo, no del primero, es decir, liberar los significantes amo, y hacer consistir el plus de goce, y no a la inversa, como hacía el psicoanálisis más acá del Edipo;
- no someter al sujeto bajo una ley que no es más que ficción, sino dejarle descubrir el porqué de los semblantes y el cómo del goce.

Hace falta para esta operación sin precedentes un psicoanalista -cualquiera- que no se la crea, un psicoanalista sin infatuación.

Más allá del Edipo no entran los nombres del padre, ni La Mujer, ni el hombre enmascarado. No entran, más allá del Edipo, sabios, héroes, ni víctimas, ni vencidos.

- **Miller, J-A.**, "Breve introducción a más allá del Edipo", *Del Edipo a la sexuación*, Paidós, Buenos Aires, 2011, p. 22.

El psicoanálisis ha puesto a la luz el montaje significativo del primado del falo. El falo es un semblante: lo real en juego es el goce; la norma sexual es un artificio; el deseo no tiene objeto natural, como tal, es perverso. Como último término, Lacan dijo que no hay relación sexual, que el modo de gozar no está programado en la naturaleza a nivel de la especie humana, que se establece diferentemente para cada uno de los sexos, y, en otro nivel, para cada uno, uno por uno. ¿Por qué, si no, el feminismo francés de los años 1970 se hubiera reagrupado alrededor de Lacan, para estudiar sus textos?

Sin duda los psicoanalistas, Freud mismo, estaban en retraso sobre el psicoanálisis, sin duda se han mostrado sobrepasados por las consecuencias de su acto, sin duda lo están todavía. Han abierto la caja de Pandora y, como Pandora, ellos querían cerrarla, pero es en vano. No les pidan compartir las esperanzas de los militantes. Incluso

el montaje "Nombre del Padre y significación fálica", que temperaba deseo y goce, está sometido ahora a una dura prueba en todos los niveles de la civilización, y da muestras de su insuficiencia. Para hablar como Lacan, su decadencia se acompaña del ascenso al cenit social del plus-de-gozar.

- **Miller, J-A.** "Lacan y la política", *Punto Cenit. Política, religión y el psicoanálisis*, Colección DIVA, Buenos Aires, 2012, pp. 32-33.

La metáfora paterna, tal como Lacan la presenta clásicamente, parte de un término opaco, el Deseo de la Madre, concebido de entrada como un significante cuya significación se desconoce. La operación de la metáfora paterna lo simboliza y produce la significación fálica; da razón de él, lo que puede considerarse un ejemplo de simbolización integral.

El seminario *La angustia* se despliega fuera de la metáfora paterna y parte de un término primero, opaco y mítico, que no es el Deseo de la Madre sino el goce. El punto de partida que propone Lacan, al hablar de un resto irreductible, es que ninguna metáfora puede simbolizarlo íntegramente: α designa el fracaso de la metáfora. Lo libidinal, lo relativo a la libido, resiste por estructura a una simbolización integral; esto es lo que designa α .

- **Miller, J-A.**, *La angustia. Introducción al Seminario X de Jacques Lacan*, Gredos, Barcelona, 2018, p. 101.

Creo que Lacan, en su última enseñanza, o en la báscula de su enseñanza tomando sus distancias con la metáfora paterna, nos da instrumentos nuevos para indagar sobre la clínica de lo que llamé los momentos de sexuación precoz o el modo según el cual el niño se define como objeto α .

La metáfora paterna permitió a Lacan logificar el Edipo freudiano, incluir los avances de Melanie Klein respecto de la incidencia de la madre sobre el niño con la significación fálica, permitió reordenar todo esto. Como dice en sus *Notas sobre el niño*, el interés de la metáfora paterna permite ver cómo el niño se define como un síntoma, como una formación de compromiso, síntoma de la pareja. Pero opone a esto algo que es fuera del auge de la metáfora paterna, que es el momento en que el niño se

engancha directamente con el fantasma materno, y hace una lista muy interesante de temas que eran un régimen nuevo de investigación, en el cual considera lo que ocurre cuando el niño viene a ser en lo real el objeto de satisfacción de la madre, lo que trasloca por supuesto todo lo que era el sistema freudiano de la significación fálica del niño. Bien. Eso fue el final de los 60. Pero después en los 70, Lacan fue más allá aún, redefiniendo una posición del padre, no separando los registros del niño síntoma de la pareja y el niño con el enganche directo con el fantasma, sino un padre que se define a partir del niño como objeto a de la madre.

• **Laurent, E.** "Entrevista a Eric Laurent por Gustavo Stiglitz." *Rayuela. Publicación virtual de la Nueva Red Cereda América*. N°2, 2017, párr. 6-7,

<https://www.revistarayuela.com/es/002/template.php?file=Notas/Entrevista-a-Eric-Laurent.html>

Hay que considerar el contexto en el que se ofrece hoy el psicoanálisis, porque este ocultamiento de la función de la palabra recorre la cultura, impregna la subjetividad y se encuentra en las curas actuales.

¿En qué sentido el discurso analítico se revela perforante, subversivo? Es debido a un gusto, a un deseo común, que puede condensarse en el valor especial que le otorgamos a la palabra, a la palabra como experiencia, como acontecimiento del cuerpo, también como desgarró. "Cada vez que un hombre habla a otro de modo auténtico y pleno, [...] algo sucede que cambia la naturaleza de los dos seres que están presentes".

La experiencia de un análisis lleva a distanciarse de las identificaciones de masa, que son siempre segregativas, para considerar en su lugar lo múltiple de las elecciones de deseo o de goce, es decir, considerar las palabras en su materialidad, la marca de goce que han dejado como "una astilla en la carne", recuerda J.-A. Miller.

El ejercicio de la palabra permite a un sujeto constituirse un nombre: una nominación, el encuentro de un significante y del goce para un sujeto que fija el nombre de su propio goce. Al tomar la dimensión del ser hablante, en tanto que la palabra determina en él un goce que lo excede, la respuesta del psicoanálisis es siempre y en todas partes antisegregativa.

• **Alberti, C.,** "Lo que puede el psicoanálisis", *Virtualia, Revista digital de la EOL*,

vol. XVII, N° 42, 2023, pp. 7-8,

<https://www.revistavirtualia.com/articulos/980/lo-que-puede-el-psicoanalisis/lo-que-puede-el-psicoanalisis>

Con la escritura del discurso del amo como discurso del inconsciente, Lacan apunta a encontrar una vía de salida que le permita al psicoanálisis ir más allá del Edipo freudiano. Y más allá del padre. ¿Por qué? Porque si el lenguaje introduce la pérdida de goce en el cuerpo a título de castración, entonces aquí sobrepasamos el mito freudiano según el cual es el padre el agente de la castración. El Edipo, según Lacan, es un mito que sirve para dar cuenta de lo imposible de la estructura, es una ficción que le soplaron al oído los analizantes a Freud: la histérica insufló el mito del Edipo y el neurótico obsesivo el mito de «Tótem y Tabú». La hipótesis de Lacan, cuando considera la estructura mítica del Edipo y de Tótem y Tabú, implica la consideración de la función del mito en tanto elucubración de una ficción, la cual responde al «intento de dar forma épica a lo que se opera a partir de la estructura». En este caso, la pérdida de goce que se opera en el cuerpo como efecto de la estructura del lenguaje es atribuida al padre, como lo destaca Jacques-Alain Miller. Desplazar al psicoanálisis más allá del Edipo apunta a resolver la problemática del goce a fin de sobrepasar la impotencia que signaba el final del análisis, impotencia que se le presentaba a Freud como «la roca de la castración.» Orientando la cura hacia el campo del goce, Lacan desplaza el psicoanálisis de la impotencia hacia la imposibilidad, es decir, hacia lo real. ¿Por qué impotencia?

Porque el semblante del padre es impotente frente a lo real del goce como tal. Es allí donde el semblante palidece y lo real, como aquello que excluye la dimensión del sentido, como lo desarrolla Lacan en la última enseñanza, existe fuera de la dimensión de los semblantes.

• **Solano, E.**, "Del inconsciente al *parlêtre*", *El psicoanálisis en el siglo XXI*, NED Ediciones, Barcelona, 2022, p. 59.

Imaginemos que ante una secuencia clínica alguien dice: "¡Ah, esto es así por el complejo de Edipo!". Es una especie de traducción de la experiencia a la teoría, una aplicación pura y simple, reductora, reduccionista. Pero, para nosotros, descubrir que alguien tiene el complejo de Edipo no sirve realmente de nada. Interesaría más bien lo que no entra en esa descripción, cómo el supuesto complejo de Edipo en cada sujeto fracasa de una forma sintomática particular, o a veces ocurre todo lo contrario de lo previsible. [...] la articulación interesante no se hace en torno al complejo de

Edipo, sino buscando y permitiendo que surja la insuficiencia del complejo de Edipo para descubrir lo que está en juego.

- **Berenguer, E**, *¿Cómo se construye un caso? Seminario teórico y clínico*, NED Ediciones, Barcelona, 2018, pp. 62-63.